

# LA TARDE

AÑO XXI

DE LORCA

N.º 5.440

FUNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN : MIÉRCOLES 20 FEBRERO 1929

## LA PREOCUPACIÓN DE GANIVET

(DE NUESTRA COLABORACION)

Hace más de treinta años, al atardecer de un día de verano, varios amigos que acostumbrábamos a reunirnos para pasear por los poéticos alrededores de Granada, discurríamos en amena charla por la vereda que, bordeando el monte sobre el que se alza la Alhambra, conduce a la llamada fuente del Avellano. El panorama que desde aquel vericuetto se domina es encantador. En la lejanía, hacia la izquierda, la ingente Sierra Nevada, a la que sirve de tapiz la espléndida esmeralda de la risueña vega granadina que circunda el blanco caserío de la ciudad, cuyos edificios más notables se destacan como atalayas protectoras del pacífico vecindario; más acá el cerrete en que está emplazada la iglesia de San Nicolás, desde donde la vista se extasia en la contemplación de un paisaje de ensueño; a lo largo y casi al frente de la Alhambra la vieja Alcazaba, coronada por el cerro del Aceituno, en cuya cima se yergue la ermita de San Miguel y, cerrando el panorama, la famosa Abadía del Sacro Monte, plantel de sabios y santos, sanatorio para los cuerpos y las almas, y, al fondo, el Darro, discutiendo enrevesado entre multitud de cármenes que deben su fertilidad a las aguas auríferas del conocido río, cuyas márgenes, salpicadas de pequeñas casitas, más parecen nidos de hadas y de gnomos que habitaciones humanas. De entre estas humildes viviendas se destacaba una pequeña iglesia a la cual estaba adosado un amplio edificio de sencilla traza y de rudimentaria construcción, rodeado de una huerta alegre y exuberante; es la primera escuela del Ave María, fundada por el nunca bien llorado sacerdote don Andrés Manjón, pedagogo sin par que pasó

por el mundo derramando el bien a manos llenas. Uno de los del grupo, hombre joven, cetrino, fuerte, de tipo que recuerda el de los almogávares, con la mirada puesta en la recientemente fundada escuela manjoniana, exclamó:—«He ahí una de las obras más estupendas de España. El hombre que ha acometido la empresa de sacar de las tinieblas espirituales, mediante la enseñanza, a los habitantes de esas cuevas fronterizas, merece el elogio de toda la nación; pero hay que preocuparse de más que de desterrar el analfabetismo: hay que procurar que los que aprendan a leer, sean amantes de los libros y se aficionen a la lectura.» Quien así habló era Angel Ganivet.

Pasó algún tiempo. Una tarde, en la terraza de un popular café madrileño, varios amigos departíamos acerca de los temas de actualidad. Pronto las charlas de los contentulios se acallaron para prestar atención a lo que dos de ellos hablaban:

—«Es verdad —decía uno— que el español, por lo general, no se nutre suficientemente, mas su temperamento sobrio puede soportar la escasez de alimento; pero de lo que más necesitan nuestros conciudadanos es del alimento intelectual: de la enseñanza. Por eso creo que, sin dejar de abogar por la despensa, debemos pedir, antes que nada, la escuela.» Era Agel Ganivet el que así hablaba a Joaquín Costa.

Ganivet, filósofo y poeta, políglota y erudito, ingresó en la carrera consular y, en el ejercicio de su profesión, fué destinado a varias poblaciones extranjeras y, por último a Riga, donde residió algún tiempo. Un día llegó a España la fatal noticia: nuestro cónsul en Riga había muerto trágicamente. ¿Accidente? ¿Suicidio? No se ha podido aclarar. Sólo se sabe que Ganivet pereció

ahogado en uno de los lagos que rodean la ciudad norteña. Granada, por mediación de sus más ilustres escritores, pidió insistentemente que los restos de su hijo preclaro fuesen trasladados a la ciudad que le vio nacer. El empeño tropezó con la dificultad de no saberse con certeza dónde había sido enterrado el cuerpo de Ganivet. Andando los años, un periodista español descubrió el nicho donde reposaban en Riga los restos del malogrado pensador y, tras muy prolifas gestiones, se consiguió que fueran trasladados a España para depositarlos definitivamente en Granada.

Bien está el tributo de homenaje que la intelectualidad española rindió a la memoria de uno de los españoles más ilustres; pero, además de eso, ¿no podría hacerse algo más en honor de Ganivet? Téngase en cuenta que Ganivet, con Balmes, Costa y Menéndez y Pelayo, son las figuras más preeminentes de la intelectualidad hispana del siglo diez y nueve.

Con muy buen acuerdo la Asociación de la Prensa madrileña reunió en un volumen los principales artículos del maestro de periodistas Julio Burell, ¿pero y con las obras de esos cuatro «di majores», de esos verdaderos hombres-cumbres que se llamaron Balmes, Menéndez y Pelayo, Costa y Ganivet, que debería hacerse? Es cierto que sus producciones están todas impresas y ocupan lugar de honor en las bibliotecas de alguna importancia, ¿pero son leídas con asiduidad? ¿Que hacer para conseguir ésto? En Barcelona se ha constituido una sociedad para divulgar las obras de Balmes. Difúndanse por toda España los libros del insuperable filósofo y virtuoso sacerdote catalán y hágase lo mismo, por medio de ediciones baratas y hasta para regalo, con las obras de Costa, Menéndez y Pelayo y Ganivet. Así, al realizar una gran obra cultural, cumpliríamos los deseos de Ganivet, cuando decía que, además de combatir el analfabetismo, había que aficionar a los españoles a la lectura. Que no quede todo en el traslado de unos restos y en unos cuantos actos literarios; que el espíritu de Ganivet flote sobre la masa popular ilustrándola con la difusión de sus libros.

E. PALMER AGUILAR.

## CONCURSO

Para el suministro de los artículos que a continuación se detallan, el Regimiento Infantería España número 46, abre un concurso que se ajustará a unas bases que estarán a disposición del que lo desee todos los días hábiles desde las 10 hasta las trece en el despacho del Comandante Mayor de este Regimiento (Cuartel de Sancho Dávila).

ARTICULOS QUE SE CITAN  
PAN-CEBADA-PAJA  
CARBONES-LEÑA

El concurso comienza en el día de la fecha y termina el día 21 del mismo mes a las 12.

Lorca 18 de Febrero de 1929.

EL CORONEL  
JOSÉ DE ARMIÑAN

## PLUMAZOS

¿Habrá quien se queje de esta temperatura que disfrutamos?

Pues quejarnos debemos, y quejarnos amargamente, porque este sol que tanto calienta, está rematando con lo sembrado en nuestros campos.

El año agrícola se torció completamente en Lorca y esta primavera adelantada le da el ultimátum a la cosecha.

¡Buena la está haciendo el año!  
Tan feliz al empezar,  
para a los dos meses, dar  
tan amargo desengaño.

En cambio, por esos mundos de Dios llueve a torrentes y donde no llueve, nieva. Aquí, ambiente cálido y sequía pertinaz.

Y será esta temperatura muy cómoda para el cuerpo, pero los bolsillos mueren de sindineritis aguda. Y como dicen luego: Donde no hay harina, todo es mohina.

Que aunque dicen que algún día  
agua habrá abundantemente  
ese día está lejano,  
y la sequía presente.

\*\*\*

En Madrid encantados con el servicio de telefonos automáticos.

Como dicho servicio ofrece la ventaja de llamar directamente a aquel con quien se quiere hablar, los señores abonados están recibiendo cada recadito por teléfono que hace sudar.

Es una ventajita  
del automático,  
que al hombre más sereno,  
lo deja estático.

Por ejemplo:  
Suena el timbre del teléfono en el despacho de cualquier abonado.

El criado al aparato.

—¿Quién llama?

El del teléfono:

—¿Está en casa don Fulano? ¡Hágame el obsequio de decirle que se ponga al aparato, que necesito hablar con él urgentemente.

El señor:

—¿Qué desea?

El del teléfono:

—Deseaba preguntarle cómo se las compone usted para pasar por persona, cuando es usted un animal.

El señor, irritadísimo:

—¡Caballero!

El del telefono:

—Más que usted. Porque usted tiene más de cuadrúpedo que de bípedo.

¡Calculen ustedes si la cosa es bonita! Porque con el «automatismo» en cuestión, es totalmente imposible averiguar de donde viene aquella voz.

Creo que por esta ventaja  
bien se puede perdonar  
la elevación de tarifas.

¿No es verdad?

PILL.

PARA "LA TARDE"

NOTAS DE COLOR

## Relojes de Sol

España, tierra hidalga, pagada de sus prejuicios rancios, miró hasta hace poco con desdén el ejercicio de toda industria. En el siglo de las actividades resultaba preciso ponerse a tono y sin sacudir del todo nuestra tradicional indolencia, hemos empezado a caminar.

Por su sello peculiar de hospitalidad, por su actitud pasiva de esperar que lleguen, por dar vida al españolismo: «está usted en su casa», ninguna industria como la del turismo puede acomodarse mejor a nuestra idiosincrasia. Tenemos para su desarrollo los elementos primordiales: la variedad más rica de climas y paisajes; el tesoro ancestral de nuestras catedrales; la riqueza de nuestros museos; el sello peculiar de nuestra raza, aún no destruido por la civilización igualadora. Venir a España supone todavía para el turista exótico, asomarse a un país con rasgos típicos. No somos, ciertamente, la tierra de panderetas y toreros de las revistas del Boulevard; pero tampoco debemos empeñarnos demasiado en querer que nos tomen por ultraeuropeos.

El día en el que el intercambio de toda índole entre los pueblos que las comunicaciones fomentan, dé todo su rendimiento, el viaje de turismo habrá perdido todo su interés. Lo mismo es ya hospedarse en un Palacio de Luxor, que de los Angeles; el mismo colosal Palacio de Justicia en Roma que en Bruselas; sombrero de copa usa lord Chamberlain y el hotentote, tal vez antropófago, que con este simple detalle suntuario se cree ultracivilizado.

Bien están las comodidades para estimular la afluencia de los visitantes, primeros elementos de la industria del turismo, que pudiera ser veneno inagotable de ingresos nacionales; pero no olvidemos que, hoy día, en todos los órdenes, lo que interesa es el tipo definido: entre los hombres, un carácter; entre los pueblos, una personalidad.

Del hospedaje acogedor, de los firmes de las carreteras, del enlace de los trenes, de la propaganda hábil, seguro estoy que se ha de ocupar solícito el Patronato Nacional de Turismo, verdadero consejo de familia de esta menor de edad que es nuestra España de exposición. No olvidemos nuestras notas de color; las que principalmente busca el extranjero, que llega, tal vez ahito de confort, pero ansioso quizá, de ver cosas nuevas. Del azul de nuestro cielo, de la brillantez de nuestro sol, no tenemos por qué preocuparnos. La Providencia pródiga nos lo brinda y generosos podemos ofrendarlo; pero del detalle todos debemos cuidar. Las ciudades gloriosas: Toledo y Salamanca, Avila, Segovia, Burgos, deben ser declaradas en su in-